LA NOVELA FEMENINA

Núm. 20

25 cts.

EL SILENCIO DEL HIJO

POR CARMEN DE BURGOS (COLOMBINE)

PUBLICACIONES MUNDIAL — Apartado Correos 925 — Barcelona

LA NOVELA FEMENINA

Año I / Núm. 20

Carmen de Burgos (Colombine)

La prestigiosa firma de esta notabilísima escritora es tan conocida de nuestras lectoras y de ella se ha hablado ya tanto en toda España y países de lengua castellana, que es imposible hacer nada más que repetirse si se intentara comunicar a los demás como nuevo algo referente a sus tan copiosas obras, a su singular belleza o a su vida íntima.

Carmen de Burgos ha escrito mucho y muy variado: desde los prácticos y substanciosos «Libros de Cocina» hasta las biografías y críticas sobre Leopardi y Fígaro; todo esto pasando por un mundo de novelas grandes y pequeñas, cuentos e historias de diverso género, narraciones y vulgarización de conocimientos, ensayos de literatura, versos, estudios sociales y políticos... Todo el mundo que lee conoce el nombre de Carmen de Burgos o su seudónimo «Colombine».

Tanto había llegado a escribir hasta en una

misma fecha y en la propia publicación, que para dar variedad a su firma tuvo que acudir a diversos seudónimos, como «Raquel», «Honorine», «Marianela», etc., hasta que un día el gran periodista Augusto Figueroa, a la salida de El Diario Universal, *le dijo: «Usted debe firmar «Colombine.» Y «Colombine» se llamó desde entonces.*

Carmen es hija de Rodalquilar, un pueblo de la costa de Almería, perdido, sin comunicaciones y con su caserío disperso; pero lleno de riquezas, que el mar, los elementos y la misma naturaleza le regalan, y con un buen clima acogedor. En este pueblo virgen y en medio de relativa opulencia nació nuestra insigne escritora.

Trasladada a Almería, casada a los diez y seis años (su madre lo había sido a los catorce), tuvo la desgracia de morírsele un hijo en los brazos estando ella en fiebre. Desde entonces avanzó notablemente en sus trabajos; fuése a Madrid, donde hizo sus estudios del Magisterio y ganó las oposiciones a Normales; todo esto entre la multiplicidad de trabajos literarios y periodísticos de que hemos hecho mención.

Y escribe con rapidez, la ilustre andaluza, sin corregir, sin pararse ni dejarse aturdir por el cansancio, aun después de haber escrito centenares y miles de cuartillas.

Y, acostumbrada al bregar de la vida, sabe muy bien compartir con sus propias manos los

trabajos de los libros y escritos con todos los quehaceres domésticos y faenas campesinas.

***

Carmen es morena—dijo Ramón Gómez de la Serna,—como lo exige la franqueza, la sinceridad y la rectitud decisiva del corazón, ese corazón de ella, custodio de sí mismo.

Carmen es bella, con la recia y apretada belleza que se sostiene en la madurez. Es recia y alta, muy alta, y eso salva y acaba de hacer indiscutible su figura. Ella se emboza en su altura y eso hace que la caigan bien todas las proporciones. Su opulencia está tan llena de espíritu y de buena voluntad cotidiana, que eso la aligera. Pensando una cifra digna que represente esa belleza distraída, esa belleza que piensa en otra cosa, esa belleza que no exige que se piense en ella, diríamos que es una belleza de buena calidad, una belleza de que está ella calada, una belleza propia, que circula profundamente por Carmen.

Es de una belleza española, pero de un españolismo excepcional. Unas monjas que saben cómo es, y que la quieren, dicen que se parece a Santa Teresa.

EL SILENCIO DEL HIJO

I

Las nubes habían pasado sobre el disco del sol como el plumero que lo limpiase. Lucía más brillante, más bruñido, y los rayos claros acariciaban la tierra, húmeda aún, envolviéndola en la luz fría y dorada de la tarde de otoño.

Toda la escasa gente que en Madrid pasea los domingos parecía haberse dado cita en el Paseo de Rosales.

María Luisa sentía un deslumbramiento; sentada en el sillón de mimbre, ante el veladorcillo de latón, ligero e inestable, al lado de la valla, que parecía la baranda de una terraza de balneario sobre el mar de la planicie, ondulante allá abajo, confundida a lo lejos con el horizonte.

La gente afluía por la vertiente del Boulevard en una alegre manifestación. Ella lo miraba todo con los grandes ojos muy abiertos, y la expre-

sión un poco bobalicona; la deslumbraban la luz y el movimiento, por su falta de costumbre de pasear y sobre todo de pasear con Alfonso. Sus amores, a lo largo de los años, habían huído siempre de la exhibición, y muy pocas veces se habían presentado juntos en público. Aquella tarde se encontraban, sin darse cita; habían acudido los dos impulsados por el elemento de lagarto que incitaba a todos a salir para tomar el sol sobre la hierba lavada.

Y el alma se ensanchaba como el pulmón, para henchirse del ambiente claro y apacible, como se respira el aire fresco y limpio. El la había invitado a sentarse, a tomar el vaso de cerveza con el aperitivo de las patatas saladas, pretexto para ocupar una mesa, empleando aquel hipócrita «usted», que se hacía tan amoroso en los labios acostumbrados al «tú».

Por el centro del paseo avanzaban lentamente los negros rails de las dos filas de carruajes, despacio, como pasean en la noche los coches que conducen enamorados.

Ahora parecían llevar todos convalecientes: los viejecitos encorvados, que daban unos pasos apoyándose en el brazo de una persona amiga o de un lacayo; señoras pálidas, cuya carne flácida se movía con temblor de corambre repleta, y daban la impresión de sufrir el martirio de verse al margen de la vida, en una especie de desfile de entierro.

Más cerca de ellos, bajo los árboles, se cru-

zaban los paseantes del pueblo y de la clase media. Mujeres arrogantes, bien peinadas, con la cabeza descubierta y el espléndido mantón de ocho puntas, miraban con cierto desdén las pieles raídas de los abrigos deslucidos, color ala de mosca, que llevaban las señoras modestas.

Las pieles baratas, de todas clases, formaban entre la multitud algo de trapería, ponían en el aire el fato de esos departamentos de gran almacén, donde, a pesar de todos los esfuerzos, huele siempre a clínica y a corral.

Pasaban alegres muchachitas, con sus trajes sencillos, sus velillos en careta, alegres y despreocupadas, y otras alejándose hacia un extremo, a fin de disimular el mal estado de los trajes y de los zapatos. Grupos de amiguitas serias y presumidas, en contraste con otros grupos alegres, que hablan, ríen, y se agitan. Curas, empleados, estudiantes, parejas que hacen alarde de un amor, que vive sólo del alarde.

María Luisa se llevaba a los labios distraída la copa llena de cerveza, que brillaba al sol como un oro líquido, con el collar perlino de burbujas que se deshacían como si estuviesen en ebullición. Se distraía con las escenas de los pequeñuelos que acudían atraídos por los grandes grupos de globos de colores; las enormes vejigas llenas de gas, que brillaban como si cada una tuviese un sol dentro. Se tendían hacia ellas las manos gordezuelas, redondas y mantecosas; se alzaban las caritas de mejillas amoratadas y

naricillas húmedas. Alguna madre le hacía al esposo comprar un luciente globo verde para el bebé, el cual, desde los brazos de la niñera, tendía una mirada inexpresiva sobre todo. Lo martirizaban acercándole el globo al rostro, sin lograr atraer su atención. Más de una vez el globo se escapaba, subía, y brillaba allá arriba como si aspirase a convertirse en estrella blanca.

De pronto María Luisa se inmutó ligeramente, como la muchacha sorprendida por su padre en una cita amorosa. En un grupo de muchachas y jovenzuelos venía uno que reproducía sus facciones como una de esas copias borrosas en las que una cabeza de mujer sirve para representar un santo o un paje.

—Es mi hijo.

El jovenzuelo se separó del grupo y vino a besar a la madre, algo turbado también de que ella lo hubiese visto con la tobillera que iba cortejando.

Después miró a Alfonso, y lo saludó fríamente.

—¿Quieres sentarte y tomar algo?

El joven vaciló. Su mirada fué con embarazo de su madre al grupo, que se alejaba lentamente.

—He venido sola—dijo María Luisa.—Hace un hermoso sol. He encontrado a Alfonso... Siéntate...

Las muchachas y los compañeros de Antonio habían encontrado pretexto para detenerse alre-

dedor de una de esas grandes cajas que pasean los barquilleros entre la gente, y que parecen, todas deslucidas, con la pintura arrancada y los escudos desteñidos, como si fuesen las mismas que han servido para varias generaciones, porque son todas viejas y no se fabrican ya.

Las jóvenes impulsaban con fuerza la bolilla dorada y se oía el ruido de su rueda y de la aguja contra la rejilla para ir a detenerse en ese número de ruleta, que señalaba el premio.

La atracción debió ser más fuerte, porque al fin respondió:

—No... gracias...

Saludó torpemente y se alejó, para reunirse con ellos. La jovencita que acompañaba tenía ya en la mano el cucurucho de barquillos quebradizos.

—¿Por qué te has disculpado de estar conmigo?—le preguntó con tristeza Alfonso.

Ella se volvió con presteza. Joven, fresca, arrogante, no parecía la madre de aquel mocetón, sino una hermana mayor en media docena de años. Tenía las mejillas encendidas, no acertaba qué contestar, y como esos hombres que encienden el cigarro para explicar la pausa que les permite reflexionar, tomó con sus dedos de uñas miniadas la rueda de patata y la llevó a los labios con un gesto de comulgante.

—Me pareció que le disgustaba verme aquí sola...

—No. Verte conmigo.

—Ya es un hombrecito.

—Y tú te crees en la necesidad de negarme delante de él.

—¡Oh! No es negarte... Siempre hemos disimulado...

—Veo que tu hijo te apartará de mí.

—¡No digas eso!

Había tal pasión en su acento, en su mirada, en su actitud, que él se tranquilizó.

—¿Quieres que crucemos la vía y vayamos a los Viveros?—propuso Alfonso como si quisiera arrancarla de allí.

—Vamos.

Se sentía también dichosa de alejarse. Iba a su lado y casi no lo veía. Gracias a la multitud podía ocultar su turbación; se cruzaban con toda aquella gente: curas, señoras modestas, opulentas mujeres de mantón, estudiantes, empleados, alegres grupos, y el carrito tirado por un borriquillo, en el que se apiñaba la carga de esos chicuelos que no van nunca en coche, unas chiquillas mal peinadas, sucias, con pobres vestidos, que llevaban las caritas contentas y asustadas.

En su mente se confundía la imagen del hijo que acababa de pasar inquietándola con su condición de hombre, y el hijo que llevaba a pasear allí hacía pocos años, que le pedía que le comprase globos y lo dejase subir en el carrillo; el hijo pequeño que llevaba en el alma, el hijo que

se queda acurrucado dentro del corazón y no crece jamás para la madre.

Sentía una turbación honda, un malestar inexplicable, apenas se daba cuenta de las frases apasionadas que le prodigaba Alfonso, ni de aquella espléndida puesta de sol, grana y oro, que se vislumbraba como un arroyo de luz, entre el ramaje y los troncos de los árboles.

II

Cada vez que iba al colegio para ver a su hijo, María Luisa sentía aumentarse la turbación que experimentaba desde la tarde del encuentro en Rosales. Su historia era una historia vulgar; de inconsciencia. Se casó muy joven con el primer novio que sus padres le dijeron que le convenía, y había sufrido, resignada, todos sus caprichos. El matrimonio fué para ella como una especie de servidumbre, convertirse en el ama de gobierno de un señor que le exigía todos los cuidados de la administración de la casa y además le imponía, si no su amor, su intimidad. Pasaba meses enteros sin salir a la calle, sin recibir visitas, sin ver a nadie; atenta a tener preparada la ropa y la comida del esposo y hasta a liarle los cigarrillos. Era él quien salía, iba a teatros, a conciertos, al café con sus amigos. Los pocos ecos de la vida que llegaban a ella eran a través de su marido, cuando se dignaba hablar de vez en cuando; porque persuadido de que las mujeres no entienden de nada, eran pocas las veces que conversaba.

El hijo, en aquellas circunstancias, fué para María Luisa un consuelo y una recompensa. Toda la ternura latente en su alma se fijó en aquel niño. Lo amó con un amor absorbente, inconsciente, ciego, en el que había una mezcla de todos los amores. Era el amor de la niña hacia su muñeca; era el egoísmo de sentirse dueña y protectora de un ser inteligente; era una sensualidad salvaje de jugar con la carnecita rosa, blanda y caliente del cuerpecito infantil. En vez de unirla más al marido, la separó de él. No pensó ya en sus relaciones conyugales; la hembra se convirtió en nodriza, y el marido encontró grato aprovechar la ocasión para pasar el tiempo fuera de casa.

La gripe la dejó viuda en pocos días. Cumplió el deber de hacerle a su marido un lujoso entierro y ponerse una gran «pena» en el sombrero; mas en el fondo de su corazón sentía un gran alivio de verse sola y libre.

La necesidad de administrar sus bienes le hizo tener que visitar gentes y entenderse con notarios y abogados. ¡Qué satisfecha se sentía de intervenir en todo aquello! ¡Con qué importancia ponía su firma, sintiéndose necesaria! ¡Vivía! Se había convertido en una persona. En el despacho de su abogado conoció a Alfonso, que era el primer pasante. El tuvo que ir a verla varias veces con motivo de los asuntos. Poco a poco se fué estableciendo una confianza entre ellos, hasta que un día, sin propo-

nérselo, la complicidad de una melancólica tarde de primavera los convirtió en amantes.

María Luisa se asustó de ver que cabía en su corazón otro amor más que el de su Antoñito. Alfonso le inspiraba una pasión cegadora, era su primer amor, se ofrendaba a él con toda la virginidad de los goces que no había sentido. Su corazón se desdoblaba en dos amores que lo ocupaba cada uno por entero, siendo diferentes. Ninguno de ellos se confundía ni hacía palidecer al otro. Los primeros días tuvo ciertos remordimientos al besar al niño. Aunque Alfonso no fumaba, ella creía llevar en los labios un olor de tabaco, un olor a besos. Era como si al besar a su hijo hubiera traicionado a los dos.

Poco a poco, la inconsciencia que presidía su vida se apoderó de ella. Alfonso, cada día más dulce, más enamorado, más respetuoso, la rodeaba de una felicidad desconocida.

Habían arreglado su vida para verse justificando sus relaciones, a fin de no producir escándalo. «Oficialmente» él era el «administrador».

El niño amó a Alfonso, que jugaba con él y lo mimaba, mientras fué pequeñuelo. Más tarde, pareció notar el influjo que aquel hombre ejercía en el ánimo de su madre. Cuando lo enviaron interno al colegio, lo achacó a la influencia del administrador, y no pudo menos de dejar traslucir su antipatía.

Pero indudablemente Antonio no había sos-

pechado jamás de su madre. Sólo aquella tarde en que la sorprendió en su día de vacaciones sintió algo de inexplicable, de punzante, de molesto, al verla cerca de Alfonso.

Es que entre aquella multitud su madre se le apareció «más mujer». La vió allí bella, alegre, se dió cuenta de que era joven y hermosa, de que tenía labios frescos y ojos brillantes.

Tal era su malestar, que cuando la tobillerita que acompañaba le preguntó quién era aquella señora a quien había besado, en lugar de contestar con el orgullo de siempre que era su madre, la negó, diciendo:

—Es... mi tía.

Y la muchacha, volviendo la cabeza hacia el lugar donde estaban, respondió ingenua:

—Es muy hermosa, y parece muy enamorada de su marido.

Había cambiado su carácter. Apenas escribía a su casa. Los días de visita, cuando María Luisa iba a verlo, tardaba en salir, estaba serio, displicente, silencioso, sin ocultar su deseo de volver a sus ocupaciones y abreviar la visita.

Sólo un día María Luisa le había dado recuerdos de Alfonso, y él había desviado la mirada tembloroso, con las mejillas encendidas de un grana amoratado. María Luisa también enrojeció.

III

La salida del hijo del colegio era un conflicto para los dos amantes.

En algunos momentos de intimidad, Alfonso dejaba escapar frases que indicaban su alarma.

—Tu hijo hará que me abandones.

Pero ella protestaba siempre. ¿Acaso no tenía derecho a amar? Nadie podía exigirle que guardase un culto eterno a la memoria de un muerto que no supo hacerse amar.

Sin que él hiciera nada para demostrarla, se veía la antipatía de Antonio hacia Alfonso. Los días que éste comía en casa encontraba pretexto para marcharse o bien permanecía en la mesa hosco, silencioso, sin probar apenas los manjares, y hasta parecía que le molestaban los cuidados y el cariño que para él tenía su madre.

Sólo una vez hablaron de Alfonso.

—Yo no soy ya un niño, mamá—dijo,—y como nuestros asuntos no son grandes, creo que podemos pasarnos sin el administrador.

—Pero tú comprenderás—respondió ella, un

poco desconcertada—que no podemos prescindir así, sin parecer ingratos, de un hombre que durante doce años ha sido tan delicado y tan bueno para nosotros.

—Supongo que no lo habrá hecho gratuitamente, mamá; se le puede agradecer siempre; pero su lugar a nuestro lado no puede ser eterno y...

Se detuvo, sorprendido de la expresión de angustia infinita que se reflejaba en el semblante de su madre. Ella balbuceaba:

—Sí... indudablemente... Así que tú llegues a la mayor edad...

El sintió una punzada dolorosa en el corazón, veía cada vez más claramente aquel amor de su madre, que le ofendía, sin que pudiera razonar por qué motivo, hasta sentía cierta repugnancia instintiva, de hombre celoso, al besar a María Luisa.

Desde aquel día había huído la confianza entre la madre y el hijo. El veía cada vez más claramente lo que hubiera querido dudar. En vez de ser el celoso que persigue la certeza de su sospecha, Antonio huía de tener el convencimiento, evitando las pruebas.

No quería ver que su madre era bella, apetecible, llena de sensualidad. Temía entrar en sus habitaciones, temeroso de sorprender una escena de amor. Si alguna vez escuchaba rumor de voces se deslizaba silencioso por los pasillos, como queriendo confundirse en la sombra y el

silencio; deslizarse, perderse, para ir a ocultarse en su cuarto.

María Luisa no recibía a Alfonso sin grandes precauciones, le daba citas fuera de la casa, y algunos días dentro del coche cerrado, que la esperaba en la esquina, daban esos largos paseos de las parejas furtivas y enamoradas a través de Madrid. En el fondo, María Luisa era feliz así; sometida a la pasión irracional de la madre por el hijo, a esa pasión ciega que no se funda en razón alguna, experimentaba un encanto supremo en poderla conciliar con el cariño profundo que sentía por Alfonso. Quizás aquella situación nueva de falta de libertad, de disimulo, venía a rejuvenecer su amor al cabo de doce años. Otra vez tornaban a los preliminares de la pasión, a las citas, a las emociones de la ocultación y no se fijaba en el aspecto doloroso y martirizado de su hijo.

Antonio se tornaba de día en día un muchacho sequerizo paliducho, avejentado, de grandes ojeras y aspecto sombrío.

Notaba aquellas largas ausencias de su madre; lo hería su perfume penetrante; se diría que experimentaba vergüenza de verla tan joven, tan graciosa, tan coqueta. Aquella mujer no rimaba con el tipo que él se había formado de la madre, que tenía que aparecer como una figura inmaterial.

Sentía celos y vergüenza del amor de su madre a otro hombre. Era como si hubiese here-

dado la pasión que suponía que su padre tuvo por su esposa.

Pensaba con terror que la conducta de María Luisa debía saberse y que él estaba deshonrado por aquel amor. Creía firmemente en el deshonor que caía sobre él porque su madre tenía un amante.

Sin embargo él no sería capaz de hablarle nunca de eso a su madre; prefería morir a ver un día a María Luisa enrojecer en su presencia. Se había impuesto el más duro de los suplicios en aquel silencio que no rompería por nadie ni por nada.

Pero cada día se apartaba más de su madre, esquivaba sus caricias, no devolvía sus besos y veía con amargura creciente que ella parecía no notarlo.

Sus manos, sus cabellos, sus ropas tenían un perfume al que no debían oler los vestidos y la carne de la madre.

Lo mismo que ella seguía amando en él, más que al Antonio que era entonces, al niño pequeño que sonreía desnudito en su regazo, él amaba en María Luisa a la madre de sus recuerdos de la niñez; la madre del seno blanco y henchido, hacia cuyo rostro alzaba las manecillas, y que le pertenecía a él solo, toda, por entero.

IV

Antonio se había valido en secreto de don Nicolás, aquel viejo amigo de su padre, para lograr el destino en Fernando Poo.

Tal vez don Nicolás sabía algo de lo que pasaba en su casa, y no trató de disuadirlo. Le era imposible permanecer allí más, sujeto al tormento de los celos por el amor de su madre.

Sin decirle nada a nadie, resuelto a irse, iba preparando su viaje. Compró aquellos grandes arcones que hizo entrar en su habitación cuando su madre no estaba en casa. Siempre que salía se llevaba la llave y María Luisa respetaba aquel capricho, y no pretendía entrar en su cuarto, pensando que, muy niño aún, su hijo carecía del cinismo varonil, y no quería que ella viese sus cigarrillos, sus libros, los retratos de mujeres... todas esas pequeñas cosas que pervierten la juventud, y contra las que rara vez luchan las madres, que, acostumbradas al autoritarismo del esposo, las creen «cosas de hombres».

Pacientemente iba guardando allí libros, re-

tratos, ropas. Experimentaba un goce amargo, de profeso que se desprende del mundo. Así se ponía más pajizo, más flaco, más ensimismado, más en silencio. Fué Alfonso el que le llamó la atención a la madre. El cariño de María Luisa se alarmó. ¿Qué podía faltarle a aquel muchacho?

—¡Ese carácter! ¡Ese maldito carácter, hosco, retraído y huraño!—decía, no atreviéndose a añadir: «...como su padre», por no pronunciar el nombre del marido, olvidado como si no hubiese existido.

—Tal vez lo dejamos demasiado libre—insinuó él.

María Luisa no respondió; pero aquellas palabras despertaron sus remordimientos.

Pero bien pronto el sentimiento de la realidad y de la libertad humana protestaron. ¿Por qué se ha de exigir siempre el tipo de la madre heroica o sacrificada, cuando lo más noble y conmovedor de la madre radica en su misma sencillez y en su ternura?

Ella había amado a un hombre cuando el hijo, niño pequeño, no era capaz de comprenderla para poder partir con él la vida del espíritu. Pero su amor no dañaba en nada a su hijo, como no la dañaría a ella más tarde que su hijo amara a otra mujer, la cual vendría tal vez a entronizarse en el hogar, robándole uno a uno sus atributos, para dejarla relegada a sentarse en uno de esos sillones donde se sienta a los

viejos, esos «consumideros», en los que se les deja como si fuesen semejantes a esos relojes de arena a los que sólo se atiende para observar cómo van vertiendo, poco a poco, hasta su último grano.

Sin embargo, no se sentía completamente tranquila. Notaba cada día más aquel silencio aterrador en el que se había encerrado su hijo.

Aquel silencio suyo era como algo material que iba llenando toda la casa. Las habitaciones parecían tristes y obscuras, invitaban a hablar en ellas en voz baja, sin darse cuenta de por qué motivo, con una impresión semejante a la que se experimenta al entrar en un túnel, en una iglesia, en la estancia donde hay un moribundo.

El silencio ocupaba el lugar del aire, faltaba ambiente para respirar, era un malestar indefinible.

—Sí, tiene razón Alfonso—pensó en conclusión María Luisa; — Antoñito está demasiado entregado a sí mismo. Es preciso que haya un poco más de animación en esta casa y que se ría y que se baile. Ya es un hombrecito y aun no ha tenido ningún amor.

V

No se negó Antonio a complacer a su madre, que le pedía que asistiese a aquellas reuniones.

Haciendo un esfuerzo alternaba allí con los amigos y con las jóvenes, que tenían para él todas las atenciones y sonrisas que las muchachas que lo esperan todo del amor tienen para todos los maridos posibles.

Sentía la mirada de María Luisa siguiéndolo celosa, con el deseo de verlo prendido en un amor, como si aquello fuese para ella una disculpa o una revancha. Con la esperanza de que cuando amara sería más comprensivo.

Pero él no amaba a ninguna. Aquella sensación de lo que creía liviandad de su madre lo alejaba de todas las mujeres.

No podía aguantar aquella rubia alta, de cabeza de maniquí de peinadora, que todos decían que era bella y a él le molestaba con su aire romántico. Le huía, y ella lo buscaba, lo llevaba de la mano hasta el balcón para enseñarle el

paisaje de la calle sucia y obscura, y las dos o tres estrellas que aparecían en el pedazo de toldo que ponía el cielo sobre ellos, como si le mostrara el más romántico de los jardines.

Y Margarita, la alegre morenilla, le desagradaba por su risa continua. Era bonita, pizpireta, gallarda, y sabía reir con una risa sonora y un gesto que marcaba hoyuelos deliciosos en sus mejillas.

Enriqueta hubiese sido encantadora sin tener unas piernas tan bonitas. Ella lo sabía y le daba demasiada importancia a sus piernas. Era descocado aquel gesto con que las cruzaba bajo la falda excesivamente corta.

Así todo lo que eran gracias en las mujeres, lo que más podía seducirle era lo que hacía que se alejase de ellas. Lo atormentaba cuando alguna aduladora decía a su madre:

—No parece su hijo, sino su hermano menor.

Sí, María Luisa era demasiado joven y bonita para ser su madre. ¡Una traición de la naturaleza!

VI

Estaba aterrada María Luisa de esa decisión de Antonio, que ya todo dispuesto le había comunicado su decisión de irse. Todo su amor, agudizado al pensar que perdía al hijo, que se alejaba de su lado para pasar el mar e ir a vivir aquella isla llena de peligros, la volvía loca de dolor.

Aquella habitación suya con los muebles en desorden, los enormes baúles abiertos y ya casi llenos, indicaban la preparación del proyecto y la frialdad con que había sabido ocultarlo.

—¡Hijo mío!

Volvió la cabeza vivamente. Tenía el rostro pálido y los ojos enrojecidos, se replegó contra la mesa, como si quisiera huir del contacto de su madre, y extendió una mano para detenerla, diciéndole con voz queda:

—¿Para qué has venido?

Ella sintió el frío de aquellas palabras. Había ido allí para enlazarlo entre sus brazos, para besarlo, para arrullarlo como cuando era niño,

pero aquella pregunta le quitó el valor, la dejó helada, y sólo acertó a contestarle:

—Hijo, ¿por qué te quieres ir?

El hizo un esfuerzo y respondió:

—Soy joven, madre, tengo el espíritu inquieto... aventurero...

María Luisa se atrevió a murmurar:

—¿No estás bien aquí? ¿Tienes alguna queja de mí?

Los ojos del joven brillaron intensamente, sus labios se movieron nerviosos. Parecía que se iba a romper el dique del silencio y decir todo lo que se había acumulado en el fondo de su espíritu; pero se serenó y contestó con esa voz pastosa de los que están mucho tiempo sin hablar:

—No... no... ninguna.

Ella sintió la quemadura de una gota de lacre hirviente que le abrasara el corazón, se hallaba como adúltera ante el amor de su hijo. Hubiera preferido quejas, insultos, en vez de la frase generosa, que era como el perdón de un moribundo.

María Luisa conoció que no lograría romper jamás la valla de aquel silencio temible en que se envolvía su hijo, que sería inútil todo lo que ella pudiera hacer. Las lágrimas se quedaban cuajadas en sus ojos, las súplicas y los gritos de ternura se encerraban en su corazón. La contagiaba el silencio. El la miraba dolorosamente, y lo que no decían sus labios lo decía su mirada, llena de pasión y de amargura:

—Déjalo todo, madre, y vente conmigo para empezar una vida nueva.

Una voz en su corazón pugnaba por contestarle:

—Sí; yo me iré contigo.

Pero la imagen de su amante, el miedo al abandono cierto cuando el amor del hijo perteneciese fatalmente a otra mujer, le hacía enmudecer también.

VII

El hijo se había ido envuelto en el silencio. Alfonso se indignaba de la crueldad de Antonio, asustado, por las huellas que el dolor imprimía en María Luisa. Sentía su desesperación, oía sus suspiros, veía sus lágrimas, los signos de una inquietud y una agonía constantes. Sentía de qué manera en el corazón de María Luisa crecía el amor materno, cada vez más avasallador y más tiránico: el hijo ausente volvía a ser el niño adorado, se hacía más temible para luchar con la influencia de su amor que cuando estaba cercano.

Se había hecho más denso aquel silencio espantoso. No venía ninguna carta de Antonio, y ya nadie preguntaba por él. Se envolvían todos en el silencio.

María Luisa sufría aquel tormento por la incomprensión y las preocupaciones, como si mereciese castigo el ceder a los sentimientos naturales. Como si la madre cometiese un delito al amar.

Nada hubiera podido impresionarla y aniquilarla, ni aun las mayores injurias, tanto como aquel silencio del hijo que se fué sin hablar. Su recuerdo era también una cosa amarga, sorda, silenciosa.

Y la pobre mujer aceptaba el silencio, se consumía en el silencio de la casa, en aquella habitación cerrada, donde permanecía un silencio frío, envolvente, aterrador.

CARMEN DE BURGOS
(«COLOMBINE»)

La próxima novela correspondiente al día 30 se titula **AGUA DE NIEVE,** de la tan celebrada escritora española **Concha Espina.**

A partir de noviembre, la **Novela Femenina** se publicará todos los jueves, siendo la primera la de la ilustre escritora Carmen Karr, que aparecerá el jueves día 10 de diciembre.

NOVELAS PUBLICADAS

1. **MAESTRITA RURAL**, por María Luz Morales
2. **CARNAVAL**, por Víctor Catalá.
3. **LA PRUEBA**, por Carmen de Burgos.
4. **EL PREMIO GORDO**, por Antonia Opisso.
5. **CUENTOS ANDALUCES**, por Blanca de los Ríos.
6. **EL DONATIVO**, por la Condesa del Castellá.
7. **VIDA NUEVA**, por Federica Montseny.
8. **HISTORIA DE UN BESO**, por Carlota O'Neill.
9. **ESTER**, por Leonor Martínez de Cervera.
10. **LA DAMA DE LA CRUZ ROJA**, por Rosario Pruenca.
11. **LA ETERNA BESTIA**, por Josefina Escolano Sopena.
12. **AMOR DE NIÑA**, por María de Olariaga.
13. **DEUDA PAGADA**, por Lilia Cervera Martínez.
14. **LA CAIDA**, por Felip Palma.
15. **LOS DESPOSORIOS DE ODETTE**, por María Mercedes Veñasco de Encinas.
16. **PASO AL AMOR DIVINO**, por Elvira Reyna.
17. **TRAGEDIA SENTIMENTAL**, por María del Amparo Borrás.
18. **EL...**, por María Doménech de Cañellas.
18. **MAR ADENTRO**, por Regina Opisso de Llorens.
20. **EL SILENCIO DEL HIJO**, por Carmen de Burgos (Colombine).

SI ES USTED AFICIONADO A LA LECTURA, COMPRE CADA SEMANA

La Novela Popular Cinematográfica

En las páginas de la **Novela Popular Cinematográfica** leerá usted los argumentos de todas las películas interesantes, admirablemente adaptados a la novela por reputados escritores

Las mejores películas de amor y de misterio, de tragedia y emoción; todas las interpretadas por los principales artistas cinematográficos, han sido traspasadas de la pantalla al libro sin perder nada de su interés, sino, por el contrario, aumentándoselo con escenas cuidadosamente dialogadas.

Cada número de

La Novela Popular Cinematográfica

contiene el argumento novelado de una bella película y sólo cuesta

25 CENTIMOS

Con cada novela se regala una preciosa postal-retrato de los más famosos artistas de la pantalla. Se vende en todos los kioscos de periódicos. Si no la encuentra en la población donde reside, pídala, enviando su importe en sellos, a

PUBLICACIONES MUNDIAL

APARTADO 925 BARCELONA

TALLERES GRÁFICOS COSTA: CONDE DEL ASALTO, 45. - BARCELONA